



RESCATE Y DESPEDIDA

La autoridad de Alfonso Calderón en las difíciles disciplinas de la mitología de Hollywood no se sustenta en referencias literarias, aun cuando los libros han sido parte decisiva en su vida como crítico literario y como escritor. Calderón es un experto en ese mundo de ilusiones que forjó el cine norteamericano clásico, sobre todo porque asistió a su desarrollo con la incondicionalidad y la fascinación de los más leales espectadores cinematográficos de su generación. De alguna manera los sueños de plástico y de cartón piedra de las películas cómicas, románticas o de aventuras de la edad dorada fueron sus propios sueños. La experiencia fue compartida con entusiasmo, inocencia y devoción por millones de cineastas como él, sólo que a diferencia de lo que ocurrió con muchos de esos millones, él no lo olvidó ni la repudió con posterioridad.

No lo olvidó porque olvidarla habría sido bolear un tramo espléndido de su vida y tampoco la repudió, por más que con el correr del tiempo las fantasías de Hollywood se desazonaron. No quedó de ellas más que la utilidad falsa, piramétrica y polvorizada de los viejos estadios sacados a remate por culpa de la modernización de la industria y del cambio de sensibilidad. Los antiguos dioses del Olimpo cinematográfico ya no vivían ahí. Habían muerto, se habían suicidado, estaban alcohólicos, sepultados en algún punto del camino a los paraísos artificiales de la droga, reclusos en sus antiguas mansiones o hospedados en silenciosas clínicas psiquiátricas de Los Angeles. El derrumbe dejó el espacio al descubierto, porque nada de lo que había brillado era oro, y abrió el camino para la venganza y el desquite. En determinado momento la consigna fue hacer leña del árbol caído y lo que dejaron de hacer las revistas de cotilleo, revelando con escándalo y crueldad la poca santa intimidad de las estrellas, lo hicieron con gusto y avidez de batre los estudiosos del comportamiento social, para demostrar la falacia de los mitos con los cuales Hollywood había hecho consular al mundo entero.

La aproximación de Alfonso Calderón a esa tragedia en su reciente libro de cró-



Ginger Rogers y Fred Astaire en la portada del libro de Alfonso Calderón.

nica titulada *¡Adiós, Hollywood!* es distinta y no se inscribe dentro de ningún propósito de venganza. Tampoco sus afines son los de restaurar un tiempo definitivamente irrecuperable y un mundo que para bien o para mal se disipó. Sus objetivos son más modestos y no pretenden entregar sino un testimonio, basado en las experiencias propias y ajenas, de las grandezas y miserias de esa gigantesca fábrica de ensueños que fue Hollywood, cuyo vacío en este momento se hace sentir, a pesar de todo lo que se pueda decir en su contra.

La obra con que Calderón despidió pero al mismo tiempo recupera el mundo de Hollywood, reúne unas cincuenta crónicas escritas en distintos períodos. La gran mayoría de los artículos corresponde a los últimos años y tiene su punto de partida en libros de memorias o de testimonios escritos por estrellas, novelistas, biógrafos y documentalistas del cine para sistematizar vivencias, soldar cuentas, expiar culpas, restituir prestigios, o recuperar emociones.

En pocas manos ese material puede estar más seguro que en las de Alfonso Calderón, devorador infatigable de cuanta memoria se publica y titular de un archivo documental de temas verosímiles e inverosímiles de proporciones descomunales. Sus crónicas son apasionantes revisiones de

vida documentada, escritas con una prosa admirable y un espíritu tocado tanto por la agudeza del crítico como por la nostalgia del cinéfilo consumado. En definitiva, sin embargo, éste último se impone en el libro sobre aquél y su trabajo se define en mayor medida por la intensidad emocional que por los juicios o valoraciones. Calderón es capaz de hablar con el mismo cariño de Bing Crosby que de Scott Fitzgerald y la emoción con que lo hace al referirse al martirio de Judy Garland no necesariamente es inferior a la que trasuntan sus palabras al describir las libertinas extravagancias de Errol Flynn. Hay capítulos, claro, que rompen esta generalización equitativa y en los cuales se reconoce la debilidad del autor por la anarquía devastadora de los hermanos Marx, con todas las exhortaciones a la revuelta que suscribieron en sus películas, o por la "desesperación triunfante" de un Humphrey Bogart. Comprometido con ellos en pluma, en cuerpo y en alma, Calderón formula reflexiones en torno al arte de cada cual que no sólo resisten al cine como fenómeno cultural sino también al cine como escuela de aprendizaje de la vida. Al menos él se graduó en ella y le guarda gratitud, quizás entre otras cosas porque piensa, como lo declaró en una reciente entrevista, "que bien vale la pena intentar ser ligeramente feliz", arrojado el escaso tiempo que habremos de estar en este planeta. La contribución del cine clásico a ese intento —como él lo sabe mejor que nadie— fue nada de despreciable.

¡Adiós, Hollywood! es en muchos sentidos una excepción a la indiferencia más o menos generalizada con que el cine ha sido mirado por las letras chilenas. El libro de Calderón, dedicado a Chandler, Hammett y Scott Fitzgerald, tres notables escritores que tomaron al cine en serio, y también a Laurel y Hardy y a María Rosero, corrige en parte ese vacío y organiza una corriente de entusiasmo por el séptimo arte que comparte grandes narradores latinoamericanos (Vargas Llosa, García Márquez, Puig, Soriano) y novelistas norteamericanos de la jerarquía de Mailer y Truman Capote.

Nota (*) Editorial La Noria, Santiago, 1985, 232 páginas. ➤

Mundo No 41. Sep. abril 1986

MUNDIC 13

Rescate y despedida [artículo] Héctor Soto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Soto, Héctor

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rescate y despedida [artículo] Héctor Soto. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile